

TEATRO DE TEATRO.

/" El Sol", Buenos Aires (República Argentina), 1 setiembre 1899/



TEATRO DE TEATRO.

La ventaja de Ibsen, —he pensado alguna vez, —es que por no haber en su país arraigada tradición teatral, ha podido llevar al teatro, no un extracto de éste, sino la vida misma. Su dramaturgia es dramaturgia directa, de primer grado, y no condensación, más o menos feliz, de anteriores dramaturgias.

En un tiempo se habló mucho del *roman roman.esque*, de la novela novelesca; y aunque no se habla de ello cuando se combaten los teatros llamados de tesis, simbólico ó de ideas; es que se defiende al teatro de teatro, al que se desarrolla en el cerrado recinto de los escenarios, fuera del aire de la vida libre.

Leyendo novelas es difícil que se forme un buen novelista y tan difícil que se haga un dramaturgo, leyendo y estudiando dramas. Es como educarse para pintor copiando y estudiando cuadros de un museo, sin salir a llenar la vista con cuadros vivos, al aire libre. Así sólo se hacen cromos, y tan sólo cromos dramáticos son aquellas obras teatrales con que se busca el aplauso del público, no el alto deleite del pueblo y su edificación estética.

La vista del público suele estar tan pervertida por la pintura de cromo, que rechaza un paisaje arrancado á la realidad en una hora dada. El que tiene costumbre de ver un paisaje lo ha visto miles de veces, en día nublado y en sereno, al amanecer y al mediodía y á la caída del sol, en primavera, en estío, en otoño y en invierno, y de estas diversas imágenes se ha formado una resultante, la imagen media del paisaje en cuestión, imagen, en realidad, abstracta, fría, mediata, amortiguada. A tal imagen, corresponden los paisajes pintados de memoria. Pero si alguien sorprende el paisaje en un momento dado, chocará esta impresión directa y fresca á todos los que en vez de impresiones fugitivas y directas cristalizadas en su fantasía, llevan representaciones de segundo grado, esquemas de realidad.

Lo mismo sucede con los retratos. Lo que el vulgo llama parecido, —oponiéndolo no pocas veces á la expresión, —suele ser la revelación de lo estático y difuso del individuo, la abstracción de su fisonomía. A ella responde el aire imbécil que toman cuantos acuden endomingados á plantarse ante una cámara fotográfica.





Esto mismo sucede con la fisonomía moral de los personajes de teatro. Hay para ellos un patrón, que el teatro mismo ha dado, y el público suele llamar inverosímiles á todas aquellas figuras teatrales que no se mueven y producen en el escenario como las tradicionales en él suelen moverse y producirse. Sucede como con los señores, que formándose en el teatro, hijos de actores de ordinario hacen el rey ó el galán ó el traidor de teatro sin haber visto en la vida reyes, ni galanes ni traidores. Cierta es que suele infiltrarse en el teatro la vida, pero es muy lentamente, teniendo que adaptarse al tradicional artificio. Un grito de dolor verdadero desentonaría en tab'as.

Entre las fórmulas insignificativas que en el teatro suelen oírse al público, la que menos significa es esta: ¡eso es inverosímil! Como el parecido rampón de los retratos sin alma, piden al héroe del drama una lógica que la vida rechaza. La que, en realidad, nos suceda á menudo no comprender la conducta del amigo á quien mejor creamos conocer, queremos poder reducir á nuestra menguada lógica la conducta del personaje teatral.— ¡Eso es inverosímil!— quiere decir: yo en ese caso, creo que no hubiera obrado así, y no tolero que se salga otro de mi medida.

— ¡Eso es inverosímil!— Tal suele ser el grito de guerra de las almas vulgares. Quieren que la conducta del héroe esté á su alcance, rebajada á su lógica; quieren darse el gusto de poder decir en su interior: te conozco, tú eres uno de tantos ... uno como yo ... soy tan héroe como tú.

¡Todo es inverosímil! Tal debe ser nuestro lema. ¡Todo es inverosímil! Con que un estado de ánimo haya podido producirse una sola vez en un solo hombre en el mundo cabe en el teatro, y es tanto más grande cuanto más único es. No han de reservarse las tablas á la glorificación de la mal disfrazada vulgaridad de carácter, á esa vulgaridad que campea en las comedias de costumbres.

Ahora han dado en decir que el teatro de ideas no es para nuestro pueblo, y en oponerle el de sentimientos. ¡Como si el sentimiento pudiese exteriorizarse de otro modo que por ideas! Lo que hay es que á gran parte de nuestro público,—no digo de nuestro pueblo, que es otra cosa,—repugna los que llamaría sentimientos intelectuales, porque ni siente la inteligencia ni entiende el sentimiento. No tiene más que instintos.

No es el teatro de ideas lo que nuestro público rechaza, sino el de ciertas ideas, que le hacen daño. Dramas de ideas, y bien de ideas, era *La Vida es Sueño*, y es fá-







cil que hoy, á no precederle fama, hiciera dormir á los más de los que, en España sucñan su vida resistiéndose á despertar el alma dormida y á avivar el seso. Drama de idea y bien de ideas, es *El condenado por desconfiado*, como que al final de él confiesa Tirso haberlo sacado de un tratado de Teología, y creo que no lo resistiría el público de este país, que dicen es tan religioso.

Y ¿cabe acaso teatro más de ideas que el de nuestros clásicos autos sacramentales? ¡Aquél sí que era teatro de ideas, en el peor sentido que se puede dar á esta denominación, de ideas descarnadas y abstractas! No hay simbolismo teatral, por desenfrenado que sea, que llegue al de los autos sacramentales. Como que ni llegan á símbolos, quedándose en alegorías y en alegorías extremadamente esquemáticas. No se diga, pues, que eso repugna á nuestro pueblo.

El teatro de ideas tiene tradición, y por cierto muy gloriosa, en España. Por esto es de desear que se luche y combata por introducir aquí el teatro extranjero de ideas, el noruego, verbigracia, no para que se naturalice entre nosotros precisamente, sino para que despierte fondos de nuestra tradición dramática dormidos hoy en la inconciencia. Cuando el pueblo castellano era religioso á su manera, entendió y gustó los dramas citados y otros análogos; hoy que su religiosidad si no ha muerto, duerme marmotescamente en la más chinesca rutina litúrgica, los rechazaría, pidiendo divertidas comedias de costumbres ó dramas de superficiales conflictos, de *problemas*. Si aún queda en nuestro pueblo algo de aquella alma robusta que produjo el *Quijote*, *La vida es sueño* y las obras de San Juan de la Cruz, solo despertará en el teatro bajo la sacudida que reciba de las producciones profundas y directas, arrancadas á las entrañas de la vida, de genios que, como Ibsen, han brotado en un pueblo que pasó el sarampión religioso de la Reforma. Si no se llega á entender y sentir aquí *Brand*, aderezado de una manera ó de otra, es que ha muerto la inspiración de *La vida es sueño*. Y entonces seguiremos condenados á teatro de teatro.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 1899.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES